Queridos diocesanos:

 Comienzo esta carta confesándoos una confidencia familiar. Mi madre, que en paz des canse, dos años antes de morir tuvo la paciencia de leer un libro que contenía la vida de los santos de cada día del año. Al finalizar me hizo este comentario: “La Iglesia siempre perseguida, pero nunca vencida”. Me impresionó profundamente esta conclusión a la que llegó al final de su lectura.

 Efectivamente, así es, la fe cristiana, testimoniada personalmente por los cristianos y por las comunidades, ha sido siempre incómoda para los poderes de este mundo que quieren someterlo todo a su control. Jesús advirtió a sus discípulos en distintas ocasiones: “Os entregarán al suplicio y os matarán; por mi causa os odiarían todos los pueblos” (Mt 24, 9-10) y les dio la explicación de por qué sucedería esto: “Todo esto lo harán con vosotros a causa de mi nombre porque no conocen al que me envió”. (Jn 15,21-22) “Pero el que persevere hasta el final se salvará” (Mt 10, 22-23).

 Los primeros siglos del cristianismo han sido un tiempo en el que la muerte violenta, precedida muchas veces de la tortura, era una consecuencia lógica de la profesión de fe en Cristo y de la libertad de los hijos de Dios. Los cristianos respondían al odio a la fe que manifestaban sus verdugos con palabras de perdón y de reconciliación. Su sangre no era derramada en vano, pues nos dice Terturliano que “La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”. Es admirable leer en las Actas de los Mártires cómo hombres y mujeres cristianas asumían el martirio como un don de Dios y se entregaban a la muerte imitando a Jesús en su Pasión con la esperanza de resucitar también con Él.

 Los tiempos han cambiado mucho; pero el odio a la fe cristiana y, consecuentemente, a los cristianos sigue vivo. En la actualidad son muchos los cristianos católicos, ortodoxos, coptos o reformados que mueren pronunciando el nombre de Jesús en sus labios. Una tragedia que algunos han calificado de genocidio de los cristianos, sobre todo en los países del Oriente Medio.

 Pensando en que lo que se no se conoce se ignora, nuestro Seminario diocesano ha organizado dos semanas, una en Ponferrada y otra en Astorga, para dar a conocer este drama y solidarizarnos con estos hermanos nuestros que padecen persecución a causa de su fe. Entre los actos que se han programado destacan la exposición de fotografías, las conferencias y testimonios de cristianos perseguidos y la celebración de la eucaristía. Os invito a que participéis en aquellos actos que podáis y, sobre todo, que tengáis presente en vuestras oraciones a tantos hermanos nuestros que viven en peligro por defender su fe hasta el punto de tener que hacerlo con la entrega de su vida.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga